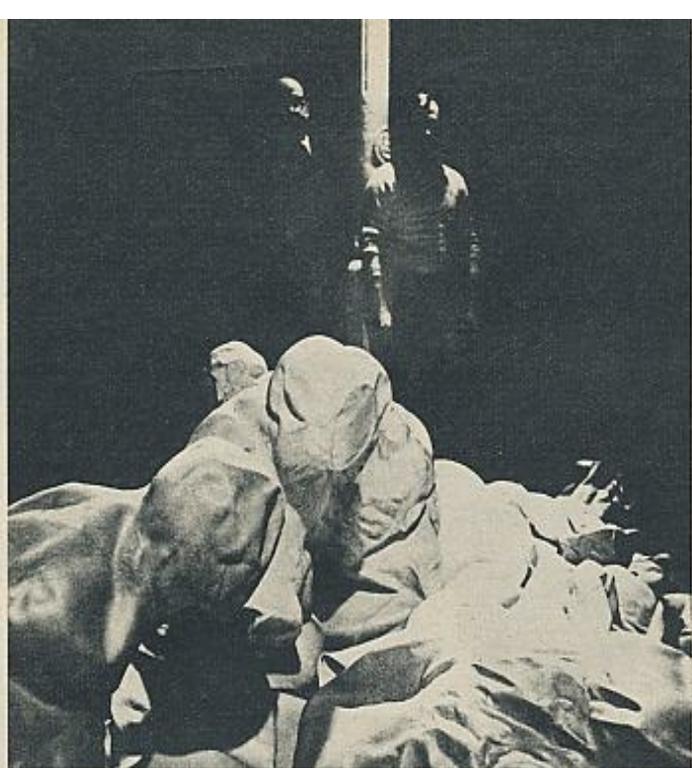


EN el Palacio de Cristal del Retiro va a comenzar dentro de un rato la primera sesión —se han dado tres diarias a lo largo de cuatro días— del espectáculo plástico-sonoro «Soledad interrumpida», obra conjunta de José Luis Alexanco y Luis de Pablo. Frente al estanque otoñal habitado por aves palmípedas y cercado por sauces llorones —un paisaje crepuscular y pseudoproustiano que colmaría de gozo a Claude Lelouch—, Alexanco y Luis de Pablo me hablan de «Soledad interrumpida». Es una obra —me dicen— en la que todos los elementos han sido planificados conjuntamente. Por la sala del Palacio de Cristal se han distribuido un centenar de formas de plástico rojo que se hinchan y deshinchan a voluntad mediante un compresor de aire. El sonido, esparcido a través de nueve canales, procede de dos cintas mezcladas libremente y de un sintetizador en vivo. El público interviene indirectamente en el desarrollo lineal de la obra. En realidad, el espectáculo comprende todo: las figuras plásticas, las luces, el público, el sonido... Para que la participación del espectador sea más activa, se procura que no acudan más de cien personas a cada sesión...

«Hemos intentado —me indica Luis de Pablo— hacer una experiencia. Pero, por favor, demos a la palabra "experiencia" su sentido más positivo, más profundo, más comprometido, más general. No se trata, ya lo hemos advertido en las notas al programa de mano, de una profecía, ni tampoco de una experiencia en el sentido en que la crítica reaccionaria emplea dicha palabra. En rigor, la palabra "experiencia" abarca todo el arte contemporáneo correspondiente al espíritu de nuestro tiempo. "Soledad interrumpida" representa fundamentalmente un maridaje entre dos lenguajes estéticos aparentemente disímiles: el plástico y el sonoro. Se ha alcanzado una perfecta identificación, porque se ha partido de una misma idea: lograr, sobre una base de estructuras fijas: un resultado aleatorio». He preguntado a los autores del espectáculo si se buscaba un significado, una semántica concreta; y he aludido al empleo de «collages» en obras anteriores de Luis de Pablo: «collages» que, a mi entender, se constituían en claves que ayudaban a clarificar el sentido final —el «mensaje»— del lenguaje sonoro. «En esta ocasión —afirma Luis de Pablo— he utilizado poco el "collage": cantos de trabajo en los campos de concentración para negros en Estados Unidos, música del África occidental mahometana, voces de niños bosquimanos, algunas autocitas...». He insistido sobre el problema del significado último de la obra, y José Luis Alexanco me ha atajado: «Te sugiero que hagas una cosa: escucha las opiniones y comentarios del público a lo largo del espectáculo. Cada persona confiere a "Soledad interrumpida" un significado distinto. Te hablo por experiencia, porque la obra ya ha sido estrenada en Buenos Aires hace cinco meses. Hubo allí, por ejemplo, quien nos dijo que a causa de la impresión recibida, había sufrido insomnio durante varios días; otros salían llenos de optimismo. No entra en nuestras intenciones producir significados totalmente claros y concretos; pero si tales significados llegaron a producirse nosotros los asumiríamos. Lo que sí te puedo decir —concluye con un gesto de íntima convicción— es que se trata de



# SOLEDAD INTERRUMPIDA: UNA EXPERIENCIA EQUIVOCA

un espectáculo muy agresivo, muy agresivo...».

Y el espectáculo comienza. Se abre la puerta del Palacio de Cristal y unas cien personas, en su mayoría jóvenes de aspecto universitario, se adentran en la sala. Veo también a algunos compositores españoles de vanguardia. En una zona lateral del recinto, iluminada por unos focos mortecinos —el resto del local permanece en la oscuridad—, las figuras rojas de Alexanco comienzan a erguirse: son figuras humanas, toscas formas mutiladas que recuerdan indistintamente a cadáveres desollados, a moribundos bañados en sangre o a las benditas ánimas del purgatorio. La luz les concede un aire tétrico y fantasmal. El sonido se ha situado en esa misma zona de acción: un sonido a base de ráfagas electrónicas, pitidos, voces ininteligibles (¿acaso son los niños bosquimanos?), zumbidos potentísimos... Paulatinamente, la luz y el sonido se desplazan a

otro punto de la sala, y el público obedece la incitación con ovina mansedumbre. Se repite, con ligeras variantes, el mismo juego: los mismos muñecos rojizos —reunidos en grupos más o menos numerosos— se yerguen y se abaten, los mismos sonidos brotan de nuevos altavoces, las mismas luces siniestras iluminan la escena... Y así sucesivamente: más figuras, más sonidos, más luces. Los paseantes se mueven con más libertad, acostumbrados ya al contexto ambiental del espectáculo. Sigo los consejos de Alexanco y me dedico a observar las reacciones del público. Entre los compositores de vanguardia impera un cierto cachondeo mal disimulado. Algunos jóvenes contemplan con religiosa seriedad el hinchado y deshinchado de las figuras plásticas. Uno de ellos propone: «Son las víctimas de Hiroshima, de Auschwitz, de Vietnam...». Otro asegura: «Es impresionante. Van a atacarnos de un momento

a otro, ¿verdad?». Prosigue el paseo. Una señora pregunta a su marido: «¿Habrá que aplaudir al final?». Oigo comentar a una muchacha: «Lo que más risa me da es lo sería que está la gente». El peregrinaje toca a su fin. El último muñeco se desinfla lentamente. Se apaga el foco que lo iluminaba. Se extinguen los ecos del sonido. El espectáculo ha durado poco menos de media hora. Nadie aplaude, por supuesto. Escucho el último comentario de la sesión: «Menos mal que ha durado poco, porque con este frío...».

Lo confieso con toda sinceridad: ni frío ni calor. Y esto me apena y me preocupa, porque creo que tanto Luis de Pablo como José Luis Alexanco son creadores inteligentes y comprometidos. Personalmente, «Soledad interrumpida» me defraudó de arriba abajo. Me defraudó y me aburrí. Lo cierto es que, a pesar de mi buena voluntad, no pude sacar nada en limpio. Dejando por ahora al margen el problema de su significado, la solución formal del espectáculo es de una soporífera monotonía. En principio, es admirable el intento de conjugar dos lenguajes dispares —el plástico y el sonoro— a fin de obtener nuevas formas expresivas, superadoras, mediante un proceso de síntesis, de las limitaciones propias de un lenguaje unívoco. Pero en esta ocasión, el resultado no ha estado a la altura de las intenciones. Si se pretendía «épater le bourgeois», la ocasión no era propicia: una «agresividad» formal a nivel de «élite» —y «élite» es, al fin y al cabo, un público integrado por universitarios y compositores de vanguardia— es, por razones obvias, inoperante. Si la «agresividad» se refería al significado del espectáculo, la ineficacia es aún mayor. Porque, precisamente, la más grave acusación que puede recaer sobre «Soledad interrumpida» es la de su ambigüedad semántica. El hecho de que, en las figuras de Alexanco (rovestidas por el sonido de Luis de Pablo), puedan «verse» lo mismo víctimas de Hiroshima que ánimas del purgatorio delata un exceso culpable de generalización, una falta de intencionalidad específica, una desconcertante propensión al equívoco. Y pienso que la excesiva generalización de un significado —la transformación de un muerto determinado en una anfibológica interpretación de la muerte— conduce irremisiblemente a la destrucción del significado. En otras palabras: sucede lo mismo que en esas piezas teatrales en las que, para justificación de nuestra mala conciencia, se critican verdaderas objetivas empleando términos tan vagos, tan amplios, tan difusos que nos alejan de esas mismas verdades. Toda terminología es útil para cualquier propósito. «Lo que importa —señala Adam Schaff— es que la terminología aceptada nos ayude a informar a otros acerca del mundo real al cual concierne, y acerca de las relaciones en ese mundo, y no nos estorbe al hacerlo». «Soledad interrumpida» no nos informa en absoluto acerca del mundo real que a nosotros —españoles de 1971— nos concierne. Y en este sentido, me atrevería a decir que «Soledad interrumpida» es casi un espectáculo reaccionario. O si se prefiere, porque la palabreja resulta demasiado fuerte, una experiencia equívoca. ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTERBAS.